



42  
F 0223

# Caquilly

VERANO

Número  
extraordinario

*¡Si los hombres fueran tan  
atrevidos como el aire, yo se-  
ría una de las mujeres más  
resignadas.*

Dib. de Demetrio.

**50**

**céntimos**

*Demetrio*



Ella es así de estupenda y así de particular. Antes del baño necesita fumarse un egipcio irremisiblemente; y si después del baño no tiene a mano dos o tres de Gijón, se tira *bocaos* ella misma.

P. 4918

# COSQUILLAS

## REVISTA COMICO SATIRICA

Administración:

EDITORIAL 1927

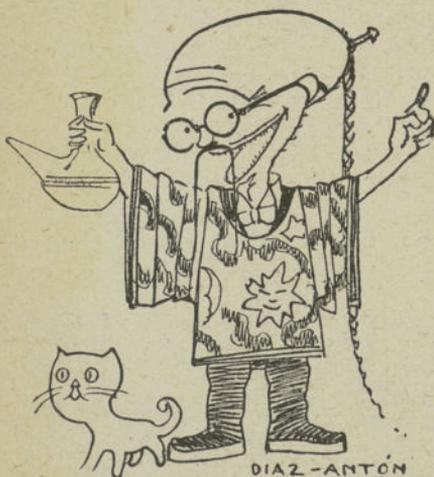
Oficinas: Campomanes, 12

APARTADO 8.032

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año II Madrid, 16 de Julio de 1927 Núm. 42



## El verano y las chinches

por

### "El Chino desconocido"

Pensaba comenzar este artículo diciendo que *otras plumas mejores que la mía...*, pero no; yo tengo una stylográfica, regalo del dibujante Picó, que, además de costar un quintal de duros, escribe como los propios geranios.

Así es que diré que plumas más sabias que la mía (¡y dale con la mía!; parece que no sé otra cosa), han escarbado ya en el tratadísimo tema del verano; pero yo he de intentar decir algo, porque si no, me echan de la dirección del periódico y como no me volvieron a admitir en la tienda de herbolario de donde me sacaron, pues me tendría que hacer *jarakiri* japonés, que, como ustedes saben, consiste en la bagatela de abrirse el vientre.

¡Oh, el verano! La estación que hace fructificar a todo meter a los árboles frutales, porque para eso el verano dispone de una cantidad tan grande de rayos de sol..., —¡que mal rayo lo parta!—.

¿Para qué voy a dejar a un lado mi

sinceridad de siempre? El verano, dicen que *es para los pobres* y yo digo que es exclusivamente para los ricos

*Donde se demuestra escrito lo más parecido al castellano, que el verano es tortura para el escaso de moneda y diversión dilatada para los tenedores de papel-moneda y para los cuchillos de a cero cincuenta.*

Voy a pintarme a mí mismo y en esta pintura saldrán retratados a semejanza, cuantos como yo, sufran de carencia monetaria. (¡Bueno; tengo una chinche en la camiseta, que me está asando a picotazo lento!)

Pido a usarcedes que pasen por alto las interjecciones, aullidos y blasfemias que acostumbro, que a la cuenta, no soy más que portavoz de muchos y contra muchos han de ir vuestras censuras.

Este servidor de vuestras mercedes; ¡maldito sea mi corazón!, temple los más vigorosos días invernales con un real de cisco, convirtiendo mi frígida y pobre habitación en amable estancia. En

## PIERNOGRAFIAS

Es el título del estupendo extraordinario que la *Biblioteca de Cosquillas* ha puesto a la venta. Trata de la importante materia (¡y qué materia más rica!) de las piernas de las señoras, y Demetrio y Picó se han derrumbado haciendo cosas en color y en negro.

Cincuenta céntimos es el precio del extraordinario y resulta el documento más interesante para los aficionados a la sugestiva mitad de las bellas mitades.

verano y, cuando menos, con once vasos grandes de cebada, no consigue más que se le corte la digestión de los tomates, manjar que le seduce en esta estación y en cualquier apeadero que se los faciliten (¡soy de la huerta de Murcia!).

En invierno y por peseta y media, gozamos *esa* y yo de los beneficios de dos butacas de última fila, en las que (¡verdad, Pepita?) no sentimos envidia de nadie. ¡y cuidado que en el cine se ven cosas que dan envidia! Y nos pasamos allí metidos toda la noche, calentitos, y nos dura el calor hasta que nos metemos en el lecho sin chinches.

En verano, ¡maldita sea la panocha!, como no nos sentemos en el Manzanares, no hay manera de parar en Madrid. ¡Y cuidado que en el cine se ven cosas que dan envidia! Y nos pasamos allí metidos toda la noche, calentitos, y nos dura el calor hasta que nos metemos en el lecho sin chinches. En verano, ¡maldita sea la panocha!, como no nos sentemos en el Manzanares, no hay manera de parar en Madrid. ¡Y cuidado que en el cine se ven cosas que dan envidia! Y nos pasamos allí metidos toda la noche, calentitos, y nos dura el calor hasta que nos metemos en el lecho sin chinches. En verano, ¡maldita sea la panocha!, como no nos sentemos en el Manzanares, no hay manera de parar en Madrid. ¡Y cuidado que en el cine se ven cosas que dan envidia! Y nos pasamos allí metidos toda la noche, calentitos, y nos dura el calor hasta que nos metemos en el lecho sin chinches.

Antes, cuando yo era un ignorante en eso de la caza de la chinche, las hacía migas al cogerlas y no les quiero a ustedes contar...

(Continuará en el próximo número corriente.)





## COMENTARIOS DE UN DEMENTE

Las pintorcitas del delantalillo

Todos los días, a la hora del véspero, podéis ver por la calle de Alcalá, acera de los pares, en el trozo comprendido entre la Granja del Henar y el palacio de Casa Riera, como pasean, cogiditas de la mano, dos tiernas infanzonas de una edad, aproximada, de catorce abriles.

Llaman la atención de las gentes por la ingenua picardía de sus vestidos, limpios de todo afeitte, y van vestidas, ¡las pobres!, con delantalillos de percal y calzadas con sandalias.

De tanto pasar y repasar, arriba y abajo, conocen y saludan a todos los pelmazos del Círculo de Bellas Artes, que se instalan tras los amplios vitrales que la musa popular madrileña ha bautizado con el nombre de "Las Pescaderías Coruñesas" y que se retrepan en los sillones de mimbres colocados en fila a lo largo de la pared del suntuoso edificio.

Al menos, eso creía yo, que las chiquitas conocían a todos los señores, de verlos constantemente allí, en el mismo lugar y en la misma indolente postura, haciendo la competencia a los que, doscientos metros más arriba, se exhiben en "La Unión General de Trabajadores", que es el Casino de Madrid...

Pero no es ése el cante. Las muchachas, pese a su juventud, son socias honorarias. Parece ser que, hace unas tardes, un ilustre pintor, cuidadoso de sus modelos, advirtió que las nenas podrían servirle para componer un hermoso cuadro de asunto religioso. Le hacían falta dos ángeles y ellas, tan menuditas, eran pintiparadas para el caso. Las propuso el negocio (cinco duros por "pose" de un par de horas), y, aceptado, las entró en el Casino para darlas un baño en la hermosa piscina con que cuenta la Casa y de la que hablaremos otro día.

En "maillot" las adolescentes, parecían dos muñecas. Pronto se corrió por el Círculo la noticia de que abajo, en los sótanos, se ofrecía un espectáculo ¡naudito y medio se despoblaron los salones...

En torno a la piscina, tres filas de curiosos seguían, con marcada avidez,

las incidencias graciosas de los chapuzones en el agua templada. Las muchachas, perdida la vergüenza, salían del baño y correteaban por entre las gentes, retozonas como gozquezuelos... Y, cansadas al fin, se adentraron en el cuarto-caseta para ponerse sus delantalillos...

El ilustre pintor, entretanto, arriba, en los estudios, preparaba colores y pinceles, bien dispuesto al trabajo... Pero las niñas no subían. Bajaron a llamarlas y pidieron, desde dentro del cuarto, unos breves momentos:

—Nos falta poco; estamos terminando...

Fué el pintor en persona y, en la escalera, tropezó con un grupo de socios que volvían a los pisos de arriba más contentos que colegiales en asueto:

—Don Fulano..., ¡son "la caraba" las mocosas!... ¡Y dos grandes artistas!... ¡Si baja usted de prisa y lleva usted un par de duros sueltos, le mostrarán sus cuadros deliciosos!...

Y don Fulano, resignándose, capituló con los presuntos angelitos y las llevó al estudio, donde las tales, en efecto, le aleccionaron—¡a él, tan ilustre y medallado!—, en pintar bodegones... ¡Qué conejos!... ¡Qué limoncillos!... ¡Qué rajas de sandía!... ¡Qué frutas, Señor del Gran Poder, qué frutas!...

LEOPOLDO BEJARANO.



POR TELEFONO

... ¡Pues para luego es tarde! Precisamente... no tengo más que secarme y estoy lista.



**Charlas de Incórdiez  
Contestando a Miguel Santos  
¡Pues qué se había creído!**

Para que vean ustedes si tendrá poca experiencia de las señoras mi entrañable amigo Miguelito Santos y para que puedan ustedes apreciar en toda su magnitud su coladura elefantiana, voy a cometer la canallada de contar lo que

le sucedió con una traperera de Cuatro Caminos. Sé que me va a dar un leñazo; pero el público se merece todos los sacrificios, pues paga. Así es que pega, Miguel, que si me lesionas, contaré lo de la criada tartamuda, conque... ¡tú verás!

Frente a la casa do moraba nuestro buen amigo Miguel, tenía establecida su oficina mañanera el traperero de la calle, y, por tanto allí estaba parado dos horas el establecimiento rodante del pequeño industrial del papelote, los huesos del cocido y las mondas de las trufas de 0,70 los dos kilos.

Algunas mañanas se levantaba Miguel más temprano que de costumbre (Miguel duerme como un bombero después de un fuego de setenta horas) y acomodado al balcón con su elegante pijama, medio adormecido todavía y haciendo la digestión del kilo de migas que suele echar en el tazón del café, dejaba vagar su mirada por el hormigueante trajinar de la gente.

Una mañana, vió Miguel que sobre los sacos de basura del carro, había sentada una muchacha, que lo mismo podía tener quince años, que podía haber alcanzado la longeva edad de setenta, tal era la cantidad de porquería

que cubría amorosa su cara, sus brazos y sus piernas.

Miguel la contempló distraído, pero a poco cambió la cosa. Ella se desesperó con un bostezo que por su boca abierta se le pudieron ver los últimos garbanzos sin digerir y una vez despezada, se asió con ambas manos al barandal del caño y en un salto, mucho más limpio que ella y que toda su pajolera familia, quedó de pie en el suelo.

Miguel palideció de admiración por la que ya veía como bella mariposa, como mujer excepcional. Porque no fué lo bien ejecutado del salto lo que pasó a Miguel Santos, no; fué que, cuando el salto torero estaba en la mitad de su parábola, ella, agilísima, soltó una de sus manos del barandal del carro y rápida se metió un dedo en la nariz hasta lo menos la segunda falange y creo que me quedo enano.

Miguel quedó prendado de aquella traperera saltarina y ágil y desde aquella día, todos, esperaba anhelante en el balcón, y cuando la traperita pegaba el salto, él se bamboleaba como si hubiera tropezado con un elefante de los crecidos. Y, lo que pasa en estos casos; su amor llegó a pasar de la raya de



COLOR, AMBIENTE Y EMOCION, por Demetrio.

—¡Tan interesante es esa novela?

—¡Meravillosa! Hay la descripción de un fragante delito de adulterio, que parece que el autor ha sorprendido a su señora con once... ¡Se oye escarbar la arena!

las conveniencias sociales y, arrollando por todo como lava ardiente que inunda el valle y estropea las hortalizas, así se manifestó el deseo de poseerla, de hacerla suya, aun a costa de once reales de jabón, que es lo que él calculó que haría faltz para poder establecer el contacto con ella.

Y aquí comienza su desventura; esa desventura de los fracasados en amor, que le ha puesto frente a mis éxitos amorios, en actitud hostil y gesto de desafío.

Miguel trató de llamar su atención adquiriendo un gigantesco cubo con tapadera para la basura, el cual llenaba hasta los bordes con los residuos de su casa y con los de las casas de los amigos, cuyos sobrantes de cocido, *ragú*, etcétera, se llevaba cuidadosamente envueltos en periódicos, paquetes que luego vertía en su cubo. Ella, desde luego, empezó a mirar con simpatía a aquel señorito, de cuya casa, recogía ella un verdadero caudal de inmundicia, y él, entonces, comenzó el asedio. Ella, con una brutalidad de *nación*, no supo leer en la luz de los ojos de él, o él no supo alumbrar con esa clase de quinque o el quinqué de Miguel es una lamparilla; lo cierto es que la traperera no contestaba más que con eruptos a las apasionadas frases de él.

Un día, ya desesperado, quiso Miguelito quemar el último cartucho y, tremante de pasión, le dijo: "¿Te quieres lavar o no?... Ella tardó cinco cuartos de hora en contestar y, por fin, dijo: "Yo no puedo pensar en amoríos hasta que críe cuatro berracos que estoy cebando con mondas de patatas".

Un rayo que le hubiera fundido los duros del bolsillo, no le hubiera hecho más daño a mi afortunado amigo y escarnecido detractor. Un rictus de amargura se dibujó en su ensombrecida *jeró*, y quedó como petrificado, con los brazos en jarras, viendo como se alejaba montada en su *faetón* la insensible.

Desde entonces, despótica contra los que se las dan de seductores y es tal su odio a los cerdos, que para negarles toda ayuda a su mantenimiento, a dado órdenes severísimas en su casa para que no monden las patatas. Desde entonces, las lijan suavemente nada más.

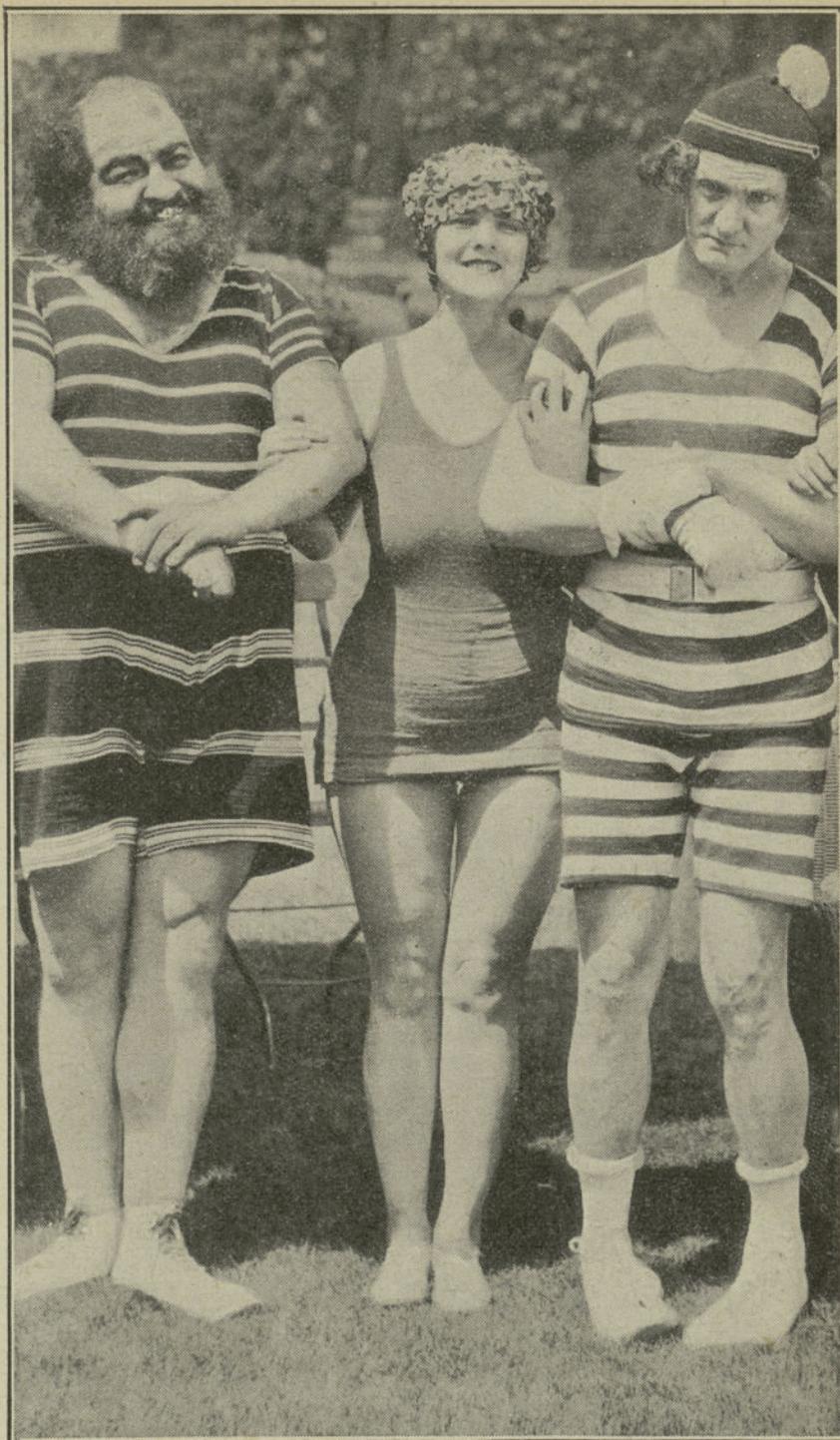
\* \* \*

¡Toma pa Burgos, Miguelito! Esto que he contado de la traperera es mentira; pero como te llegues a meter conmigo otra vez, cuento lo de la criada tartamuda, que no me negarás que eso es verdad.

Sabes cuánto te quiere y te admira, tu amigo y compañero,

INCÓRDIEZ.

NOTA.—Este artículo me lo he escrito sin meditarlo, en quince minutos; conque si lo *pienso* te deshonor para toda tu vida.



Graciosa fotografía de tres estrellas del "cine" que ustedes conocerán seguramente.

Representan una escena en la que dos viejos enamoradísimos pretenden bañarse en compañía de una linda rubia, la cual accede divertida, en la acertada creencia de que si en secos son inofensivos, en cuanto estén en remojo, no podrán efectuar ni la menor de las necesidades.

FRIVOLA SERÁ LA REVISTA  
PREFERIDA POR  
LOS AMANTES DE LA BELLEZA:--



# Cosas de Belorcio

Mousieur Cornichet, debuta

Cornichet dió varios paseos por mi despacho, cogió un puñado de pitillos de mi cigarrera, le tiró un viaje a la criada en salva sea la genial parte y aplastándose en un butacón dijo así:

—¡Oh, la, la, que yo me soy feliz a este momento, parblen! Yo en comunicación a las *toutes charmantes* lectoras de COSQUILLAS... Es por esto que me soy del todo encantado...

—Bien, querido Cornichet, me felicito de ello y como soy hombre que no gusta de perder el tiempo...

—¡Oh, sapristi! ¡Esto se está bien! Muá tampoco me estoy hombre a perder el tiempo... Estándome yo a la relación con Babette, el mismo primer día que me salió con ella justamente...

—Bueno, Cornichet, eso ¿es el cuento ofrecido o un liviano inciso?

—¡OH, la, la, claro es que se está un inciso! ¡Pero un insiso punzante o que se lo demanden a la pobre Babette!...

—¡Vive Dios que me impacientas, hiperbólico galo! ¿Viene o no viene ese cuento?

—Lo que usted quiere es que yo "cante", que disen los chulos madrilenos, o no?

—Exactamente.

—Y si yo no lo hiciese llamaría usted a otro francés que lo hiciese, ¿verdad?

—Verdad.

—Entonces... ¡otro galo le cantarí!

—¡Plaf!, ¡plaf!

—¡Ay!, ¡ay!

—Esto regocijante "montmartruá", no es sino el feble aviso de lo que ocurrirle puede si continúa deslizándose por el enjabonado terraplén del retruécano. Ahora, ahí va un pitillo y venga ese cuento...

Y así fué como conseguí que debutase Cornichet, el cual habló y dijo:

II

—“¡Cómo estaba yo enamorado de Margot!... Dos días antes había yo sido vensedor de su honesta *têtesonéri*...

—¿Cómo?

—¡*Têtesonéri!*

—¿*Têtesonéri*?... No caigo.

—Es que a España se le dise *cabesonería*... ¡*têtesonéri!*

—¡Ah!, continué.

—¡Todo encantado! Quiero desir que

yo me había conseguido que dos días antes se escapase de su casa mi *trés* dulce Margot, para ser venida conmigo ¡Y qué grande impasiencia me sentía yo por llegar al suspirado todo el momento de hasérmela mía!

—Pero Cornichet, a los dos días de la fuga, ¿aún no habían llegado ustedes al... suspirado momento?

—No, señor. Aquellas cuarenta y ocho horas las habíamos empleado en *fuir*...

—¿Cómo?

—En *fuir* del padre de mi bella amante, que se estaba un tío todo él hestia. Aquellos dos días los habíamos empleado en buscar una aldea lejana de París... Y la encontramos: un lindo y bello *chalet* al bosque. ¡Oh, cómo yo esperé aquella noche! Mi impasiencia a todo momento ha sido muy grande, pero aquella noche yo me la sentía mayor que nunca!

—Siga.

—Y, ¡qué desilusión, mesié *Belorsio!*... ¡¡No pudo ser!!!

—¿El qué?

—¡No pudo realizarse el suspirado momento!

—¿Por qué?

—Porque mi pobresita dulce Margot se padecía una malañi espantosa...

—¿Pues?

—¿Cómo lo diría yo?... ¿Qué se hase para abrir una puerta cerrada con llave?

—Coger la llave, meterla en la cerradura...

—¿Y si la serradura se está llena de semento?

—Llamar a un albañil.

—Entonses yo, a la terser noche de quedarme a la puerta, mandé a Margot a un Sanatorio, que se estaba él a dos leguas cuesta para abajo de nuestro *chalet*.

—¡Pobre Cornichet!

—¡Qué sufrimiento horrible el de mi espera! ¡Ay, la madre mía, cómo era yo todo suspirante esperando la curación de mi pobre adorada Margot! Al fin, un día, recibí un telegrama de mesié el médico, que me decía: “Margot, curada sin operar. Puede venir al Sanatorio, donde hay habitación para ambos”.

—¡Cómo se regocijaría el amigo!

—¡La caraba, mesié Belorsio! Albarde un pequeño asno que yo me tenía y apretando el telegrama fuertemente a

mis manos, monté al boriquito y sali por la cuesta abajo, en dirección al Sanatorio, donde me iba a ser pasada la noche junto a mi dulce Margot!...

—¡Llegaría usted en un vuelo!

—No se está esa precisamente la palabra. Al poco de ir trotando mi pequeño boriquito, nos cruzamos con una boriquita, que comía ella al trigo... Mi pequeño boriquito quiso haser una esena de amor...

—¡Hola!

—¡Maldito estés todo tú, pequeño boriquito, sinvergüensa—le grité yo—, déjate ahora de pedir relaciones a esa honesta joven boriquita, ladrón, que es mi Margot que me espera! Y nada; el susio pequeño boriquito todo él relinchaba y se volvía el morro para arriba y se lancaba con sus fuerzas a la pequeña boriquita, sin que yo le pudiese sujetar para que siguiese su camino...

—¡Caray!

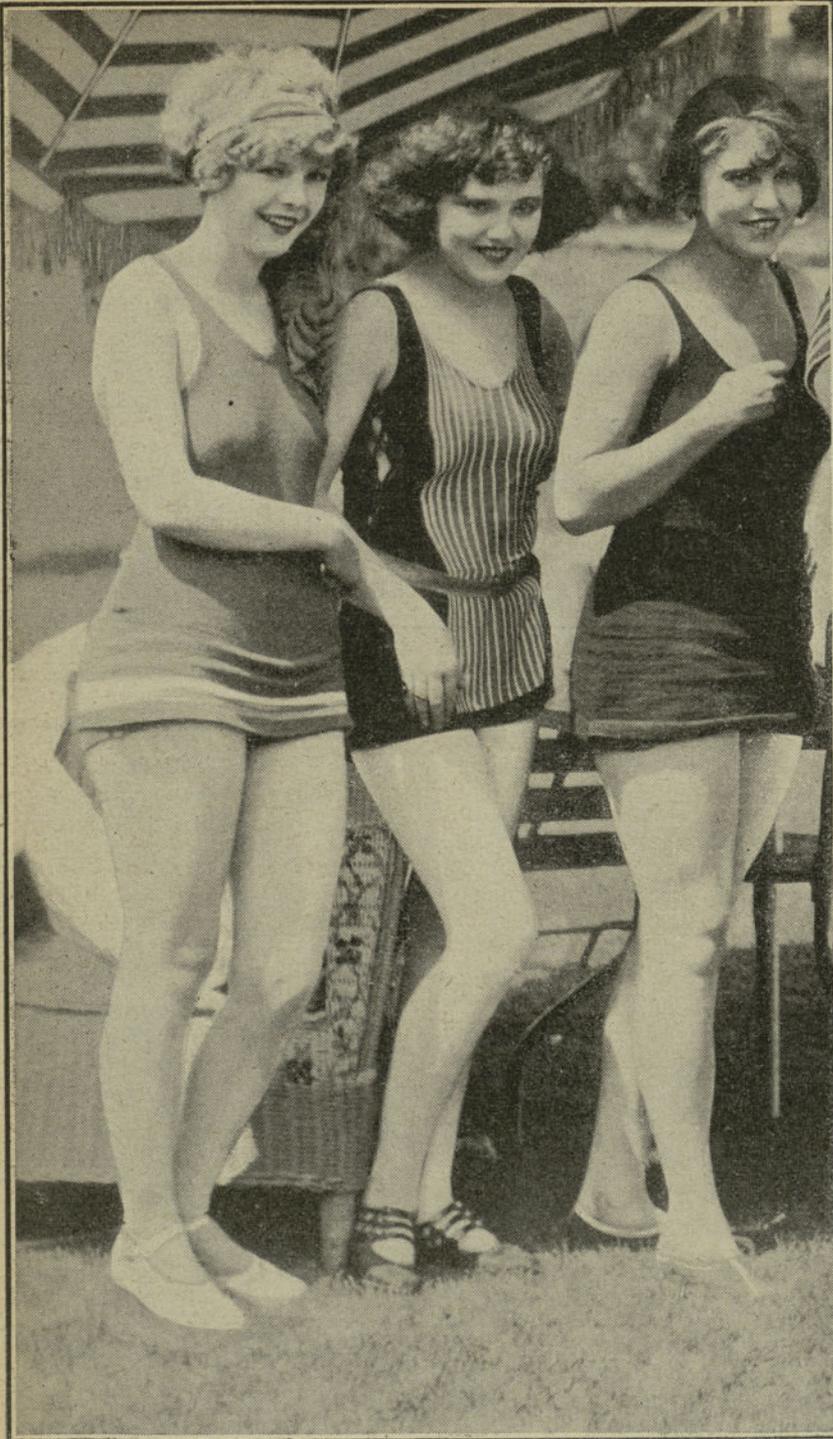
—Pero pedaso de granuja—le dije—, maldito se esté el asno de tu padre..., ¿a quién le ha puesto el médico el telegrama?, ¿a ti o a mí?...

BELORCIO.

Los suscriptores de COSQUILLAS recibirán gratis, tan pronto estén impresas, las cuatro postales de Demetrio.



Tenemos noticias de que la moda en sus inquietas determinaciones va a disponer de un momento a otro, que en vista de lo largas que son las faldas que se llevan ahora, las lleven recogidas así, para evitar salpicaduras.



Tres bañistas que no les hace falta que yo diga que son bellas, porque salta a la vista. Procuren ustedes no morderse la lengua. ¡Quién fuera besugo en el mar en que estas niñas pongan a remojo su hermosura!  
Vuestro hasta entre dos aguas,

Incórdiez.



(NUEVOS CONSEJOS)

Si cerca y frente a ti hay sentada una mujer guapísima y bien puesta, y está mostrando más de lo que tú puedes tolerar, piensa en que ella te tortura con la exhibición de los tesoros de su cuerpo; después que hayas pensado en eso de los tesoros, piensa en si tú eres poseedor de algo que a tu juicio merezca la admiración, y haz como ella.

\*\*\*

Si quieres destrozarse a un amigo en la admiración de tu querida que tú sabes que siente por él alarmantes inquietudes, haz esto que te digo que lo he pensado a medias con Lucifer, y con una tía suya.

En tono de conmiseración le dices a tu dulce compañera mientras coméis: "¡Pobre Roberto, lo que le ha pasado! el otro día (ella lo va contando por ahí), después de cenar con una segunda tríplice de poco más o menos, y cuando llegaba la hora de las concesiones, estaba él casi bello en su gesto de amor a punto de estallar... ¿Cómo te diría yo?... ¿Tú no has oído rasgar un trozo de retor? pues así.

\*\*\*

Aunque sepas nadar entre dos aguas, y tengas la costumbre de zambullirte para acercarte hasta una dama bella para esas canalladitas que yo llamo magreo submarino, mide bien las distancias y procura no desviarte, como me sucedió a mí en San Sebastián: Que me zambullí en dirección a una rubia descacharrante y poco después un caballero lanzaba aullidos de dolor.

¡El pobre no ha vuelto a tener familia, del susto, se conoce!

\*\*\*

Si quieres comprobar palpablemente si tu novia es zurda, pídele que ejecute cualquier faena.

Diríjase toda la correspondencia al  
Apartado 8.032

ANUNCIOS VERANIEGOS

En Pinatar de la Sierra  
la viuda Pepita Guerra  
alquila un monte ejemplar.  
Hay caza: no tengan duda  
pues desde que quedó viuda  
lo tiene sin explotar.

\* \* \*

Tarifa que en la playa de  
[Ondarrieta  
— va a cobrar este año Pedro  
[Arrieta.

Por un baño cada día,  
caseta, traje y bañero  
formal, tres pesetas baño...  
siempre que no sea lejos  
de la playa. La que muestre  
especialísimo empeño  
(porque le dé miedo el agua)  
en tener bañero recio  
pagará seis reales más...  
Si alguna, altiva de nervios  
le gusta internarse mucho  
en el mar, pagará un precio  
según sea la distancia  
a recorrer. Por ejemplo:  
un duro por una milla...  
Hasta el peñasco del centro  
doce pesetas cincuenta;  
y así subirá en aumento  
según se venga adentrando;  
pues es cerrado criterio  
el cobrar a las bañistas  
más caro cuanto más dentro...

\* \* \*

Un matrimonio que tiene  
tres hoteles de recreo  
en La Chopera de Abajo,  
los cede en módico precio...  
Si les pareciesen grandes  
nada por ello hay perdido,  
pues para dentro de un mes  
tendrán otro... y será chico.

\* \* \*

El alcalde de Cien Higos  
antitaurófilo acérrimo,  
ha prohibido este verano  
los toros en los festejos  
Pues según afirma el bando  
que ha puesto de manifiesto  
anteayer, no habrá más toros  
mientras él esté en el pueblo.

\* \* \*



*¿Pues y estas otras tres pedazos de mi corazón? A la de la izquierda le iba yo a dar un susto... ¡Pos no digo na del que me iba a dar a mí la loba de la derecha!... ¡Mi madre, qué cara de ansiosa!*

*Vuestro hasta contener la respiración,*

*Incórdiez.*

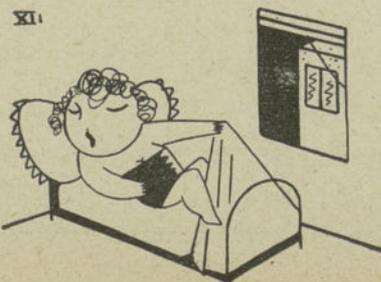
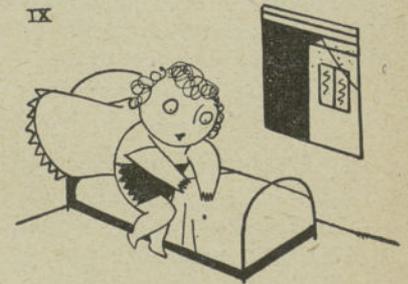
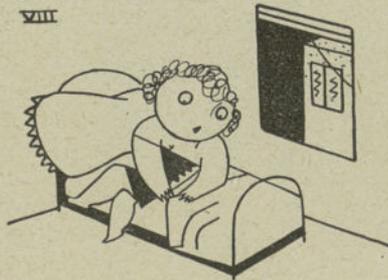
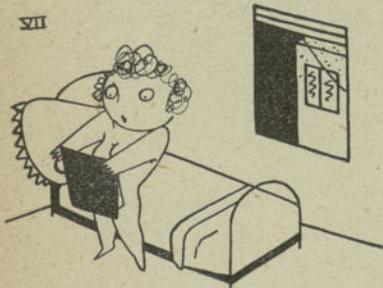
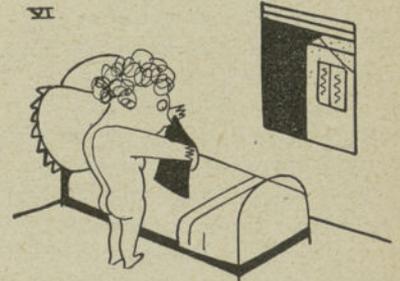
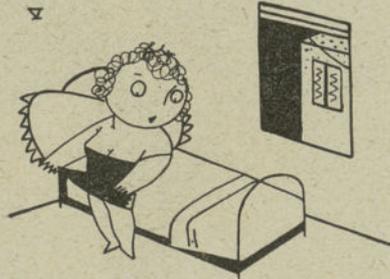
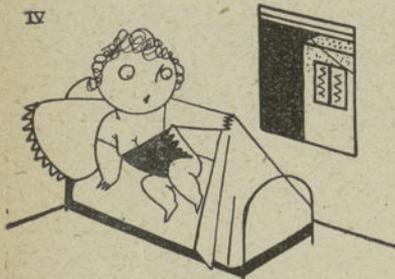
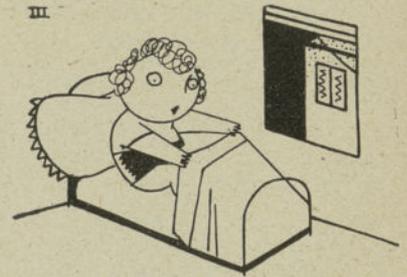
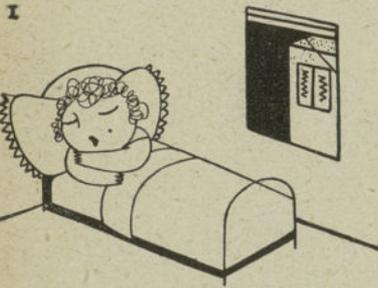
Novios: si querés pasar  
una tarde hermosa y grata  
los domingos, visitar  
el merendero de "El Hacha"

Tiene un precioso pinar  
de un kilómetro... ¡y no hay  
[guarda!

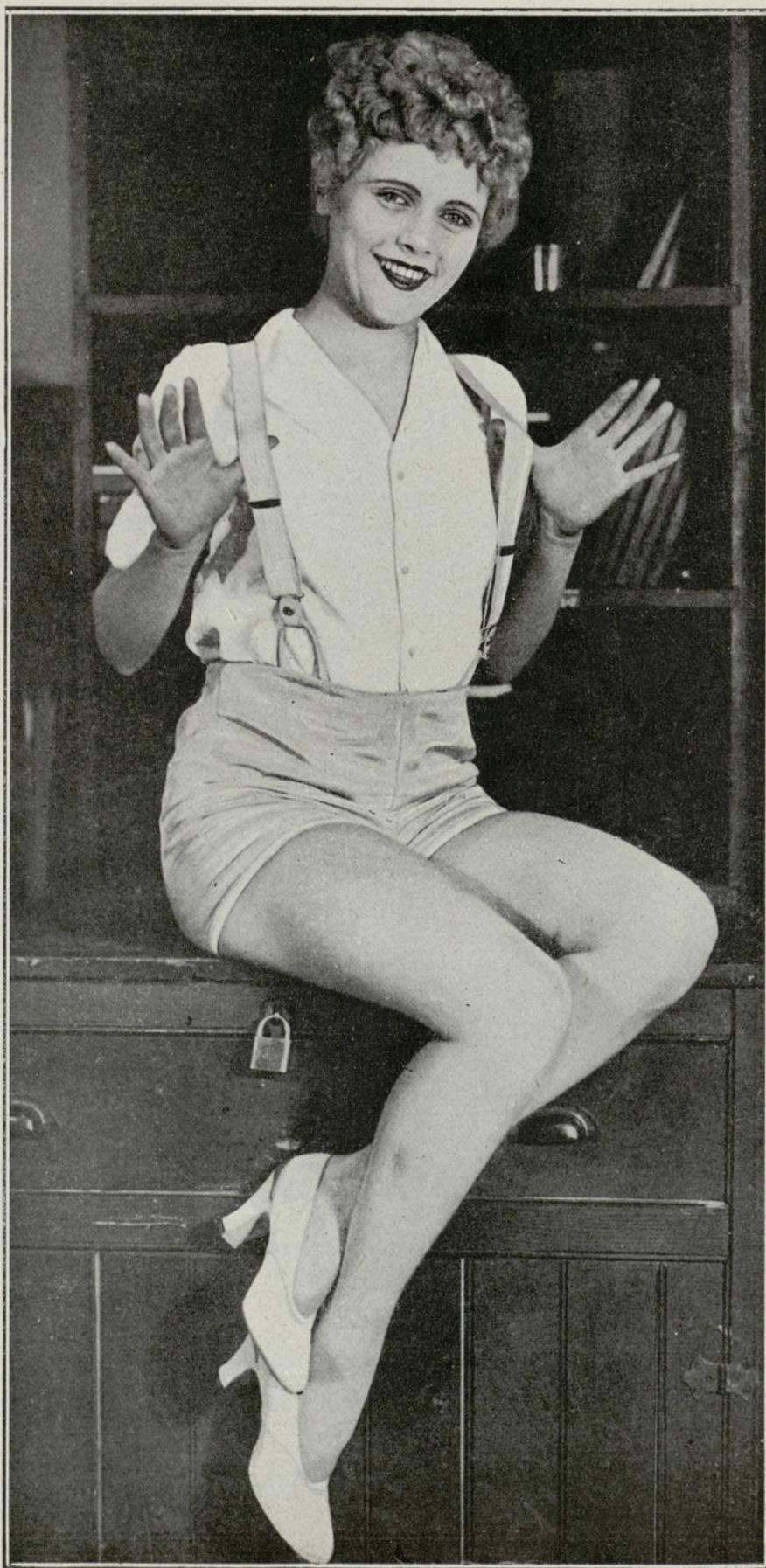
FIDEL PRADO.

# UNOS BUENOS GEMELOS

por MIHURA



Mihura xxvii



---

## El último berrido

¡Así me encuentro divi-  
namente!

Con estos pantaloncitos y  
estos tirantes para que no  
se me caigan los pantalon-  
citos me siento ágil y feliz,  
como un leopardo de buena  
casa.

Este pantaloncito vera-  
niero representa la última  
conquista de las libertades  
femeninas. Poco a poco nos  
acercamos al hombre.

¡Yo, por lo menos, tengo  
más ganas de aproximación!

---





Ximenes.

—Mira aquel aeroplano. ¿Qué pensará de nosotras?

—Pues que si cayera de golpe sobre nosotras, no

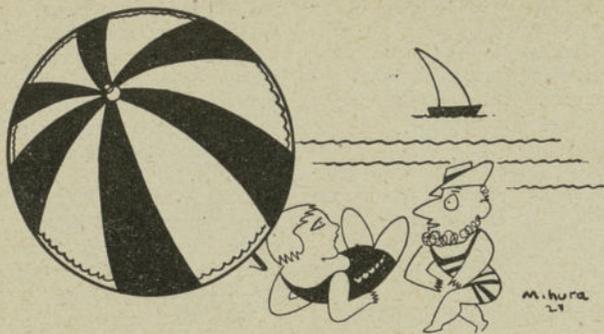


as el aviador?  
se podría evitar la tortilla. ¡Figúrate qué porrazo!



Aquí le presentamos a ustedes a la riquísima estrella del *cine* Margaret Livingston, de la *Fox Film*.

¡Bueno; es que la niña ésta es de una riqueza!...



Mi novia, la muchacha rubia y provinciana

PRIMER EPISODIO

*Pensamientos veraniegos.*

La mayoría de esos botijos que se ven en los balcones de las casas de cuatro pisos suelen estar llenos de agua.

\*\*\*

En verano hace más calor que en invierno.

\*\*\*

Después de julio viene agosto.

\*\*\*

¿Por qué los helados estarán tan fríos?

SEGUNDO EPISODIO

*Lamentación.*

El verano es una estación del año que nos envía el Todopoderoso para que las personas sensatas nos tengamos que lavar los pies cada quince días.

Yo odio el verano.

Bien es verdad que un servidor de ustedes odia el verano, el invierno, el otoño, la primavera y la Banda Municipal.

Y no es que yo esté amargado. No.

Afortunadamente soy diabético.

Es sencillamente que la vida me aburre como el columpiarme en una soga.

Pero el verano sobre todo me hace polvo de indignación.

Lo primero, por tener que tomar las bebidas sorbiendo por una pajita, y lo segundo, porque en esta época del año, es cuando los hombres—vampiros sin entrañas—, tenemos amores ilícitos y crueles.

Es en verano, cuando con promesas falsas engañamos a una pobre muchachita provinciana que luego abandonamos.

¡Oh, es horrible! ¡Es horrible!

¡Pobres muchachitas pálidas que ven en el forastero un amor honrado cuando lo que hay es maldad y ponzoña.

¡Qué asco! ¡Qué asco!

Bueno.

Les voy a contar a ustedes mis amores con la muchachita rubia y provinciana.

TERCER EPISODIO

*La infeliz provincianita.*

La conocí en la playa de un pueblecito de Guipúzcoa.

Me la presentó un amigo y ella me preguntó en seguida si me gustaba el pueblo.

Yo la contesté que me gustaba más que pegarle patadas a los niños de tres años y entonces ella y las ocho amigas que la acompañaban se rieron mucho.

Y en vista de eso nos dedicamos todos a pasear por la arena de la playa.

Las nueve muchachitas provincianas iban cogidas del brazo y en un extremo iba mi amigo y en otro yo. Yo iba junto a ella. Y todos hablábamos así:

Mi amigo.—¡Vaya fila! ¡No dejamos pasar a nadie! ¡Somos once como un equipo de fútbol!...

Muchachitas 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup>, 3.<sup>a</sup>, 4.<sup>a</sup> y 5.<sup>a</sup>.— ¡Ja, ja, ja, ja ja!

Yo.—Lo que es que a mí me han dejado ustedes al lado del mar y cada vez que viene una ola me mojo los zapatos.

Muchachitas 6.<sup>a</sup>, 7.<sup>a</sup>, 8.<sup>a</sup> y 9.<sup>a</sup>.— ¡Ja, ja, ja, ja!

Ella (*Después de haberse tronchado de júbilo por la estupidez susodicha.*).— ¡Pobretico!

Yo (*Que siempre me ha gustado presumir mucho.*).—Después de todo, es igual. Tengo catorce o quince pares más en casa.

Ella.—¿Cuándo ha venido usted?

Yo.—Anteayer.

Ella.—¿En el rápido?

Yo.—No. en el expreso. Vine en primera y comí en el restaurant. Además alquilé almohada.

Ella.—¡Ah!

Yo.—Aquí hace una temperatura agradabilísima.

Ella.—Eso sí. Todo el verano lo pasamos durmiendo con dos mantas. En Madrid hará mucho calor ¿no?

Yo.—Sí. Y eso que estos últimos días refrescó bastante.

Ella.—¿Y piensa estar usted aquí mucho tiempo?

Yo.—Depende.

Ella (*Poniéndose muy colorada y atusándose una ceja.*).—¿Tendrá usted allí quien le espere!...

Yo.—¿A qué se refiere usted?

Ella.—A que habrá usted dejado allí olvidado algún corazoncito.

Yo.—¡Oh, no! Yo no he dejado allí olvidado absolutamente nada. Es decir, sí. Dejé una navaja de Albacete que por cierto me hizo falta en el viaje para partir la tortilla.

Ella.—¿Pero no comió usted en el restaurant?

Yo (*Comprendiendo que había enseñado el plumero.*).—Sí. Pero es que como en esos sitios se come tan mal llevé unas cuantas chucherías para merendar. Total nada. Cuatro huevos, seis filetes, dos chorizos y una tortilla de pollo.

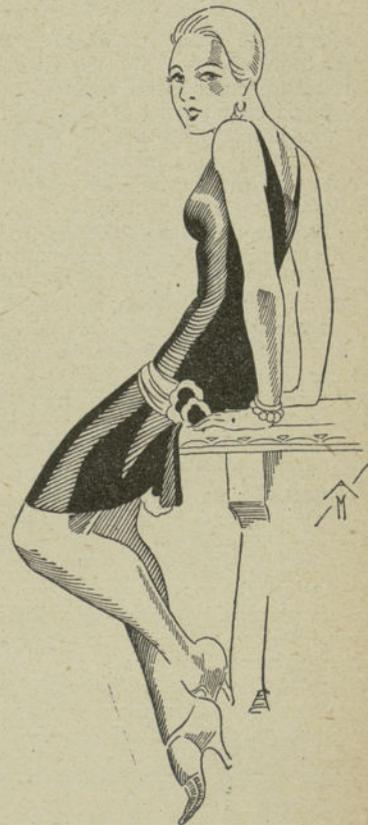
Ella.—¿Entonces me va usted a negar que no ha dejado allí ninguna novia?

Yo.—Se lo juro a usted por la memoria de Inaudi.

Ella.—Vamos, no sea embusterillo.

Yo.—Señorita, yo no miento jamás.

Ella (*Dirigiéndose muy contenta a la amiga que tenía al lado.*).—¡Marichu, este señor dice que no tiene novia!



¡QUE COSA MAS RARA!, por Moliné

¡Desde que conozco a mi primo se me ha quedado una costumbre de sentarme al borde de las mesas!...

Marichu (*Dirigiéndose a las siete restantes*).—¿Habéis oído? ¡Dice este muchacho que no tiene novia!

Muchachitas 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup>, 3.<sup>a</sup>, 4.<sup>a</sup>, 5.<sup>a</sup>, 6.<sup>a</sup>, y 7.<sup>a</sup>.—¡Ja, ja, ja, ja! ¡Qué gracioso!

Yo (*Algo mosqueado por tanta hilaridad y dirigiéndome solamente a ella*).—Y usted, ¿no tiene novio?

Ella (*Poniéndose muy seria y mirándose fijamente las alpargatas*).—No, hijo. Yo no tengo quien me quiera...

Yo.—Pues usted merece que la idolatren.

Ella (*Mirándose a los ojos de una manera, que le miran así a Benavente y deja su afición a los purros por doce horas*).—¿Lo cree usted así Abelardo? (*Yo le dije que me llamaba Abelardo porque siempre hace más bonito*).

Yo.—Así lo creo, Piluca.

Y entonces ella involuntariamente rozó su mano con la mía.

Y luego, dijo:

—Yo todas las mañanas vengo aquí sola con mi hermanito.

Y me miró mucho otra vez.

Más tarde nos despedimos todos.

La muchachita rubia y provinciana al darme la mano, bajó los ojos.

¡Qué candidez respiraba toda ella!

¡Pobrecilla!

¡Era más tonta que una bombilla de bayoneta!...

#### CUARTO EPISODIO

##### *Un idilio en la playa.*

El hermanito tenía seis años, y, según me contó ella, desde los dos y medio se dedicaba a coger arena con una pala y a echarla en un cubo. Después la tiraba a un hoyo que hacía él de antemano y más tarde la sacaba de allí y la echaba en un montoncito. Así se pasaba diez horas diarias.

Así es, que por este detalle comprenderán ustedes que el niño era definitivamente idiota y que no nos debemos ocupar de él ni de su respetable padre que afortunadamente había fallecido.

Estábamos sentados sobre la arena. Ella me había vuelto a decir que no había quien la quisiese, y yo, por educación solamente no tuve más remedio que decirle que no se preocupase por eso porque yo la quería con mucho gusto.

Entonces ella me dijo:

—Y yo a ti también te quiero, chiquillo de mi vida—y me acarició mucho una mano.

Yo comprendí por su acento que no mentía y en seguida tuvimos este diálogo trascendental y propio de unos novios concienzudamente enamorados:

Piluca.—¡Claro que cualquiera se fía de vosotros! Luego os váis y ya no volvéis acordaros de estas pobres chicas.

Yo.—No. No pienses en eso. Si yo te he dicho que te quiero es porque te quiero Piluca.

Piluca.—No me engañes, Abelardo. Yo sé que tú te irás de aquí y ya no volverás a pensar en tu Piluca.

Yo.—Te juro que no. Yo pensaré siempre en mi Piluca.

Piluca.—No. Es mentira. No pensarás en tu Piluca.

Yo (*Comprendiendo que era inútil insistir con una mala bestia semejante*).—¡No te atormentes, rica!

Piluca.—Y no es esto lo malo. Sino que hay algunos que abusan de estas pobres chicas provincianas y las dejan deshonradas para toda la vida.

Yo.—¡Oh, qué felonía!

Piluca.—En el monte Urrasco, al anochechar, es cuando muchas muchachas quedan sin honor. ¡Claro, van allí solas con los novios!

Yo.—¿Y dónde está ese monte, salada?

Piluca.—Detrás de la estación. Mañana si quieres iremos. ¡Sois muy malos! ¡Muy malos!

¡Hay que fastidiarse!

¡Cuidado que era inocente mi novia la muchachita rubia y provinciana!

#### QUINTO EPISODIO

##### *El monte.*

Y fuimos al Monte con el hermanito, con el cubo, y con la pala.

Pero ella dijo que al niño no le convenía andar mucho, porque tenía callos, y lo dejó en un sitio donde había un montoncito de arena para que se distrajesen.

Y nosotros nos dedicamos a pasear entre la espesura.

Y ella comentó:

—No sé cómo vengo contigo por aquí sola. Menos cómo mal que tú eres un caballero.



## CRONICAS CAFRES

Nuestro compañero el periodista cafre, señor Karaba se va a dedicar a las críticas de teatro, taurinas y de pintura. Nos hemos empezado a bañar en árnica casi todos los redactores para estar acostumbrados a los disgustos.

Yo la dije que efectivamente era un caballero y que no tenía nada que temer de mí.

Entonces ella respondió que gracias a eso iba muy confiada, pero que de todas maneras tenía un poco de miedo, porque si a mí se me antojase podría perderla y nadie se enteraría.

Yo la volví a repetir que no se preocupase de eso y que fuese tranquila y sosegada.

Entonces ella pensó que debíamos sentarnos y así lo hicimos, y luego me cogió las manos y arrimándose mucho a mí, la muchachita rubia y provinciana me dijo estas palabras:

—Mira si creo en ti que me dejes que me des un beso.

Yo se lo dí y ella decía mientras tanto:

—¡Oh, Dios mío! ¡Tú quieres abusar de mí ahora que no hay nadie que pueda vernos! Me has levantado la falda y me das muchos besos. ¡Qué desgraciada soy!

Y yo, al fin hombre—o lo que es igual, vampiro sin entrañas—, abusé de aquella pobre muchachita provinciana y rubia.

A los quince días le dije que me iba a Madrid, pero que volvería.

Ella lloró mucho y me encargó que a la vuelta la llevara unos sostenes.

Y me dijo que estaba completamente convencida de que yo no volvería a acordarme de ella.

Yo, como era tan pesada la dije que veríamos a ver.

Y me marché.

Cuando el tren se puso en marcha una lágrima rodó por mis mejillas.

¡Había deshonrado a una mujer!

¡A una pobre muchachita rubia y provinciana, que era casta y pura!

¡Y maldije el verano que causaba estas víctimas!

¡Qué horror! ¡Qué horror!

El tren seguía su marcha vertiginosa. Cruzaba el paisaje como una cinta de vivos colores.

La locomotora echaba humo.

Las ruedas daban vueltas.

El revisor tenía bigote.

El water no tenía papel.

Es que el verano había acabado...

Volvíamos todos a nuestra vida de trabajo...

Y allí en aquel pueblecito guipuzcoano, junto al mar, quedaba Piluca la desventurada...

Quedaba Piluca, el hermanito, la pala y el cubo.

¡Qué horror!

¡Pobres mujeres! ¡Con lo infelices que son!

Volaba el tren.

Y la locomotora y un niño de dos meses que iba en mi departamento, hacían pi..., pi..., pi..., pi...

FIN

MIGUEL SANTOS.

Ilustración de Mihura.



—¡Mira, mira; allí hay dos cabritas jugando!  
—Una cabrita, nena; y no es cosa de juego.

Dib. de Picó.

## Anuncios por palabras

Joven vigoroso y lenguaraz, se ofrece a viuda mimosa y exigente para llevarle la correspondencia. En cuanto le vea pegar sellos, se vuelve loca.—Continental Zurriago.

Enviando sello contestaré remitiendo programa de mi repertorio. Lola la Chata.—Continental Zurriago.

Jovencito agraciado y complaciente necesita el apoyo de caballero para dedicarse al "cine" o a otro arte obscuro.—Escribir a Zulimo Continental Mariposa.

Para ocho días nada más, en la que regresa su esposo, le urge a señora buen ver, cien pesetas de caballero que se las cobré en silencio.—Continental Zurriago.

Hacen falta camareras cervecería café-concert que sepan hacerse cargo que con los clientes hay que llegar a las máximas complacencias en lo que se les está sirviendo la cerveza, porque si no les hace daño.—Alcahuetz, agente contratación Tapadillo. And-Gergón-Limited.

Bella joven inglesa desea colocación secretaria o cosa análoga. Domina bastante bien lengua española y con la suya hace lo que quiere.

## FOTOGRAFÍAS

**GALANTES: RARAS**

**Hermosas colecciones**

**10 pesetas en sellos de Correos**

Escribid a **Excelsior**, Poste Restante Central.

**BORDEAUX (Francia)**



## LA TIA DE LUIS

Luis estaba necesitado de dinero y no sabía contra quién dirigir la buida punta de su sable.

A solas en su estudio, hurtado a la luz agobiadora de la siesta por unas leves cortinas, que tamizaban el resplandor estival, pensaba un poco amargamente en lo mal distribuida que suele andar la riqueza en el mundo. Acontece en este que los jóvenes sin carrera hecha, sin presente cuajado, apenas logran gozar de unos años mozos por falta del dinero, gran señor, ante quien todo se humilla, mientras que, en cambio, los viejos, cuando ya apenas pueden sostenerse en pie, suelen llevar bien repleta la cartera para pagarse placeres no compartidos, deleites que casi no pasan de fantasías, regodeos que apenas pasan de vanas ficciones conturbadoras.

Mientras filosofaba, en la mente de Luis se fué intensificando la silueta magra, dura, esquiva, de su tía Andrea. Ella era la única persona capaz de sacarlo de su apuro. Cierta que estaba disgustada con él por sus malas costumbres; cierto que siempre le dió, en vez de dinero, sanos, morales y beneficiosos consejos; pero, ¿quién sabe?... Quizá, en la presente ocasión, bien *trasteada* con una misiva enternecedora, se decidiera a aflojar los cordones de su bolsa. Moisés sacó agua de una roca y, si bien es verdad que los milagros no menudean, también lo es que, a veces, se nos muestran inopinadamente llenándonos de una grata sorpresa.

Escribió, por consiguiente, Luis una larga epístola a su tía pidiéndole cincuenta duros, *nada más*, para salir airoso de un empeño, en el que le iba la honra y prometiéndole, en retorno, que pronto lo vería caminando con paso desembarazado por la ruta de las buenas costumbres. En realidad, los placeres, los vicios dejan en la boca un regusto de ceniza, un saborcillo hastiador, y, en el alma, un vacío enorme, como si excavasen dentro de ella un abismo de vértigo...

En cuanto hubo terminado la carta, Luis apresuróse a dejar libre el estudio. Gerardo, su amigo, que pagaba la mitad del alquiler del mismo lo necesitaba toda aquella tarde. Esperaba a una

dama, de la que Luis sólo sabía que le gustaba ser saboreada locamente, glotonamente, aunque en medio de las más densas tinieblas. Caprichos que tienen ciertas mujeres; caprichos que él no hubiera respetado siempre; pero que Gerardo atendía con absoluto rendimiento...

\*\*\*

La tía de Luis recibió la carta de su sobrino y la leyó varias veces. Cada lectura de la carta ensombreció su fiso-

nomía. Se le hundieron las pálidas mejillas, se le enardecieron los ojuelos vivarachos, se le curvaron sobre ellos las finas cejas, se le sumió la boca en una mueca de sorda irritación. El papel le temblaba en las manos y sus pies golpeaban el suelo, sin otro ritmo que el de la cólera. Era una mujer ya en el ocaso, regordeta, desabrida, solterona. Su vida le había negado el amor y, con ello, le había negado también lo único capaz de endulzar nuestros días y de limar asperezas a las más desoladoras pesadumbres. Ignoramos qué pensamientos galoparon en tropel por su cerebro, mientras leyó la carta de Luis. El caso fué que, de pronto, irguióse, llamó a una criada, vistióse y salió a la calle. Mientras avanzaba, no dejaba de hablar sola con frases cortadas, con rápidos incisivos tumultuosos. Mascullaba:

—Ya verá ese mozalbate... Le sorprenderé en su antro vicioso... Le sermonearé de lo lindo... Le increparé... ¡Arrastrar así por el fango el nombre honrado de sus abuelos!... ¡Que se arrepentirá!... Ya dijo otro tanto en mil ocasiones... Y mil veces volvió a las andadas... ¡Si levantara la cabeza su pobre madre!... ¡Ay! ¡Qué asco de mundo!...

Sus miradas iracundas se posaron despectivas en varias jóvenes, delicio-



*Muchos días no me baño y me estoy retozando en la playa haciendo mi cura de aire y de sol. Y procuro por todos los medios, que no haya centímetro cuadrado de mi cuerpo, que no disfrute del sol y del aire.*

sas, encantadoras figulinas, cuyas ropas leves, aéreas, mecidas por el viento, delataban los más íntimos encantos de sus cuerpos cimbreños. La suave euritmia de sus gracias no les valió para que las perdonara la furia de la solterona. En aquellos cuerpos sabiamente velados—por el demonio, según doña Andrea—no había vallecico umbroso que no mostrara sus gratos declives, ni alcor redonduelo que no transparentara sus casuales preeminencias rosadas, frescas, aterciopeladas, exquisitas...

—No hay pudor en las mujeres— seguía mascullando la dama—; no hay vergüenza en los hombres. Ellas van proclamando su ansia de varón y ellos, ¿qué han de hacer?... Se junta el hambre con las ganas de comer y así andan todos. ¡Tiempos nefandos de paganía!... Más les valiera a hombres y mujeres pensar un poco en la caducidad de cuanto nos rodea. La hermosura se marchita, los encantos se esfuman, el placer, al repetirse inmoderadamente, ocasiona hartazgos sombríos, desesperanzas, desilusiones, desengaños. La vida es como un juglar, que nos entretiene con cuatro hábiles juegos de manos para que no sintamos el paso tácito de la muerte... ¡Ay! Si me oyera mi pícaro sobrino... Pero me oirá, ya lo creo que me oirá... Esto no puede continuar así...

Las ideas en tumulto, las palabras en borbotones, parecían espolear a doña Andrea, de tal modo, que cuando ésta se halló frente a la casa donde Luis tenía su estudio—para estudiar sabe Dios qué cosas, según su propia frase—, asombróse un poco.

—¡Caramba!...—somormujó—. ¡Ya estoy aquí. ¡Cómo he corrido!...

A los pocos instantes hallábase ya a la puerta del estudio. Llamó ahincadamente al timbre y nadie salió a abrir. Fué entonces a manotear en la puerta, por si el timbre no funcionaba y, a su impulso, la puerta cedió quedamente, sin ruido, sobre sus goznes afelpados.

Doña Andrea entró resueltamente. Apenas hubo traspuesto el umbral, la puerta se cerró a su espalda con la misma levedad de ruido con que se abriera antes. Y la mujer encontróse como una náufraga en un mar de tinieblas. Aventurose a dar unos pasos con las manos extendidas para no tropezar. Iba a llamar a su sobrino, cuando sintió tras de sí unos pasos rápidos. Volvióse y he aquí que, de súbito, encontróse atenazada por unos brazos vigorosos que la estrechaban frenéticamente. Intentó gritar, pero una boca aplastóse contra la suya en un beso interminable susurrador, rezumante. Pretendió desasirse y fué peor, porque los brazos, hechos lianas alrededor de su busto, la oprimieron aún con más fuerza. Doña Andrea, tras de una breve y rabiosa lucha, notó que la invadía una dulce laxitud, un íntimo desasosiego, un enervamiento parecido a una desconocida embriaguez. Como en

sueños, sintió que una voz cálida le musitaba al oído:

—No te asustes, vida. Soy yo, tu Gerardo... ¡Te quiero tanto..., tanto!...

Y después, sostenida por los potentes brazos en el aire, parecióle flotar entre nubes y caer, al fin, en un deleitoso y apacible lugar, donde hubo de olvidarse de todo...

\*\*\*

Aquella noche llegó Luis al estudio triste, taciturno. Seguía sin un céntimo. Sus ojos, distraídos, se fijaron en un sobre que había sobre una mesita. Conoció la letra de su tía Andrea.

Abriólo en seguida y leyó atónito lo siguiente:

“Querido sobrino: Aunque no lo mereces, esta tarde vine a verte y a darte los cincuenta duros que me pedías. Como no estabas, aquí los tienes adjuntos. No los malgastes. No los dilapidés. De todas formas, si alguna vez volvieras a encontrarte en otro apuro, acuérdate de mí. Tu tía te sacará de él con mucho gusto”...

Luis, sin terminar la lectura, quedóse mirando los billetes de hito en hito. Y casi no daba crédito a sus ojos.

JOSÉ A. LUENGO.

PIERNOGRAFIAS, se titula el 5.º número de la Biblioteca de Cosquillas, que acaba de ponerse a la venta. Cuarenta y cuatro páginas, preciosos bicolors, 50 cts.



—Mira, aquel delgaducho es el que nos sigue a las dos.  
—¡Huy que piernitas más delgadinas!  
—Te advierto que a los hombres no se les juzga por la delgadez de la pierna.

Dib. de Picó.

## DIVAGACIONES EN EL ALERO

## El amor y la época

Este verano, a falta de otros temas —la travesía del Atlántico ha pasado a ser una vulgaridad—, hemos puesto sobre el tapete un tema bastante sugestivo: si es o no ésta, una época sin amor.

Nuestros filósofos y nuestros literatos, se han puesto a discurrir si se ama o no se ama a la hora presente, si el tiempo actual es de juventud masculina o de juventud femenina. ¡Un lío!

No suelen ser los filósofos ni los literatos—ni siquiera los que escriben libros galantes—tipos muy enterados de las cosas que atañen al amor. Cualquiera señora de las que no aciertan a reprimir sus emociones o cualquier joven pintorero o anciano disoluto, saben de esas cosas mucho más que los varones sesudos que se encierran en su despacho, requieren la stylográfica y las cuartillas y se preguntan, al tiempo que mordisquean la uña del índice izquierdo:

—¿Se ama hoy? ¿No se ama? El estilo ¿es joven?, ¿es viejo? ¿Predominan las mujeres? ¿Imperan los hombres?

Y zig-zag, sobre las cuartillas quedan una serie de líneas que lo mismo sirven para demostrar lo uno que lo otro.

¿No sería mucho más fácil ir a beber a las propias fuentes de la cuestión?

Se nos figura que es bastante fácil. Y más divertido que estas prosas de los ensayistas. Pongamos varios ejemplos.

Pueden ser escogidas veinticuatro mujeres de las que delicadamente se llaman “señoritas profesionales”. Edades distintas. Rubias, morenas y castañas. Unas metidas en carnes y otras de las que decimos “esbeltas y cimbreantes” para dar a entender que, aún mirándolas por los sitios más redondos, pueden servir de tema de estudio a un osteo-artrópata. Una vez en posesión de las veinticuatro, se las requiere amistosamente para que expongan sus impresiones.

Ahí habría un caudal de conocimientos para saber si hace un cuarto de siglo ellos eran más resistentes que ahora o más expertos o más sibaritas. Con someterles un cuestionario concienzudo, como esos que tienen que llenar los aspirantes a meritorios de un Banco, asunto concluido. Así tendríamos un dato para conocer los caminos que llevan las aficiones de las gentes.

Luego, se podría hacer lo mismo con otro par de docenas de caballeros: interrogarles minuciosamente para conocer cómo se conducían a los veinte años

los que ahora tienen cuarenta y cómo se conducen los que actualmente cuentan dieciocho.

La encuesta podría terminar con el interrogatorio de ocho o diez señoras de las que ejercen la necesaria industria de facilitar, con medios materiales, las expansiones de los seres amorosos. Ellas dirían si ahora el alquiler de una habitación se prolonga más o menos, si abundan los casos en que es la señorita la que obsequia al galán, si se desarrolla entre éstos la afición a dejarse querer por “su tipo serrano” y, de paso, llevarse algún objeto, etc., etc.

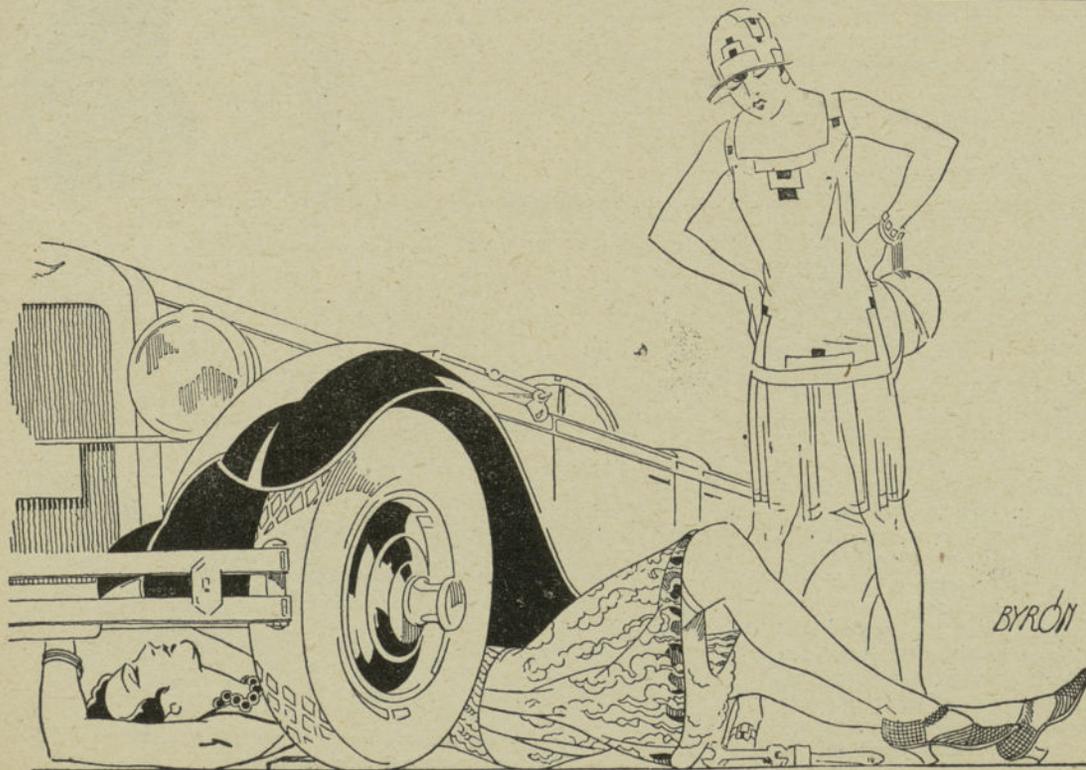
Ahí es donde está la verdad. Obtener conclusiones del pelo a lo Pinocho, del pantalón chanchullo, del plan bellota, de los que juegan al fútbol y de las que se visten como sanchos, es ganas de perder el tiempo.

Lo de si es o no ésta la época sin amor, también es, como diría Incórdiez, una guacanada. Ahora hay, como siempre, quien practica la abstención y quien se rompe una clavícula dando golpes a otra clavícula.

Y eso que con este calor no está uno para nada. Pero hay que sacar fuerzas de flaqueza y cualquier cosa de una alcuza.

VENEGAS.

TODA LA CORRESPONDENCIA  
AL APARTADO 8.032



PANNE, por Byrón.

—¿Quieres acabar ya? ¡Te entretiene más que un hombre!

LO BAILADO

El.—Yo he sabido de la risa,  
del placer y la aventura,  
y ahora siento la amargura  
de haber vivido de prisa.  
Yo he sabido la inconstancia  
de las mujeres galantes  
y en sus frases enervantes  
he aspirado su fragancia.  
Yo he sabido amar, riendo,  
en mil noches serenadas  
y besado a mil amadas,  
sin pensar que iba muriendo.  
Y ahora llevo el alma herida  
por un amor no esperado  
y me encuentro derrumbado  
porque malgasté mi vida.

Ella.—¿Porque viviste de prisa  
y supiste de la risa  
dices que estás amargado?...  
¡Que te quiten lo bailado!

PABLO TORREMOCHA.



—¡Ya está ahí el cuarentón que me pretende... Pues ya lo sabes monín; si quieres peces!...

Dib. de Picó.

Las postales de Demetrio a todo color (colección de cuatro), serán el acontecimiento galante de este año.

Los señores suscriptores de COSQUILLAS recibirán gratis, cuando estén dispuestas para la venta, una colección de las estupendas postales. ¡Qué cuatro mujeres!

QUISICOSAS

Un barbero logró entrar en un teatro de dramas para hacer como galán personajes de importancia.

Más viendo que no valía y para que no le echaran dijo a la empresa: —Si quieren me quedo para “hacer barbas”.

\* \* \*

—Vamos a ver, Timoteo:

¿Quién es Dios?

—¡Anda; mi padre!

—¿Cómo así?

—Lo que usted oye, pues mi madre al acostarse dice que con Dios se acuesta y no está más que mi padre..

UN GATO DE LA CORTE.



—¿Fué en este sitio en donde conociste a Pepe?

—No; le conocí un poco más allá... aquí, en este sitio me arrepentí de haberle conocido.

Dib. de Picó.

Editorial 1927  
Apartado 8.032

## Notas de Sociedad y movimiento veraniego

Por AMARANTO

Han pedido habitaciones en el Hotel Tapadillus los condes de Tapaderilla.

La bella condesa, que es la mejor jamona que sorbe fideos, ha pedido dos camas; pero dos camas de repuesto ¿saben?

\* \* \*

Es ya pública la noticia de que se ha llegado a la separación de los recién casados Finita Gotierrea y Pocholito Zurriagorrea. ¡Porque es que llevaban nueve días sin separarse para nada!

\* \* \*

Para Pelambra del Entrepunte, el bello pueblecito de la costa gallega, han salido las arrogantes hermanas Pichichi, que tan aplaudidas han sido en la temporada de invierno. Las hermosas artistas quieren estudiar sobre el terreno la cría de la almeja, porque piensan dedicarse de lleno a la explotación del marisco.

\* \* \*

La desbordante belleza de la gentil señora de nuestro particular amigo el acreditado acaparador de astas señor Derrote, se lució anoche como nunca en la verbena (que a beneficio de cuatro o cinco sinvergüenzas que la organizaron), se celebró en el merendero del Penas. La bella dama recaudó más que ninguna porque les metía a los caballeros la mano en el bolsillo del pantalón para sacarles el importe de las papeletas. La fiesta se deslució al final porque todos los caballeros andaban solos por los rincones.

\* \* \*

Aunque se queden sin comer todo el invierno, y la señora salga

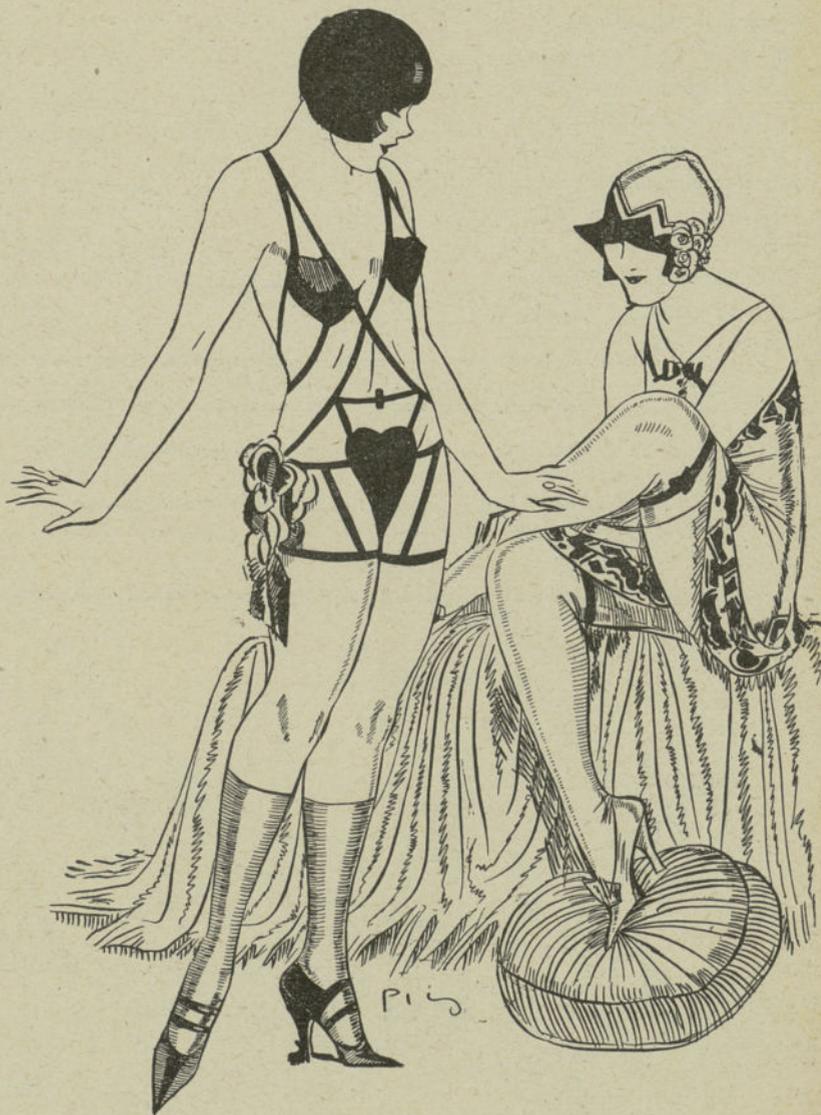
alguna que otra tarde a hacer visitas sospechosas, han salido para veranear en Biarritz los señores de Ablandez.

\* \* \*

Nada más conmovedor que el acto de presentar en sociedad a Lupita Pereira. La linda primogénita del señor Pereira estaba deslumbradora de angelical belleza y su distinguido aire de modestia nos tenía conmovidos a todos. El cronista tuvo que comerse once pasteles de crema para sujetar su emoción. Después, cuando el cronista

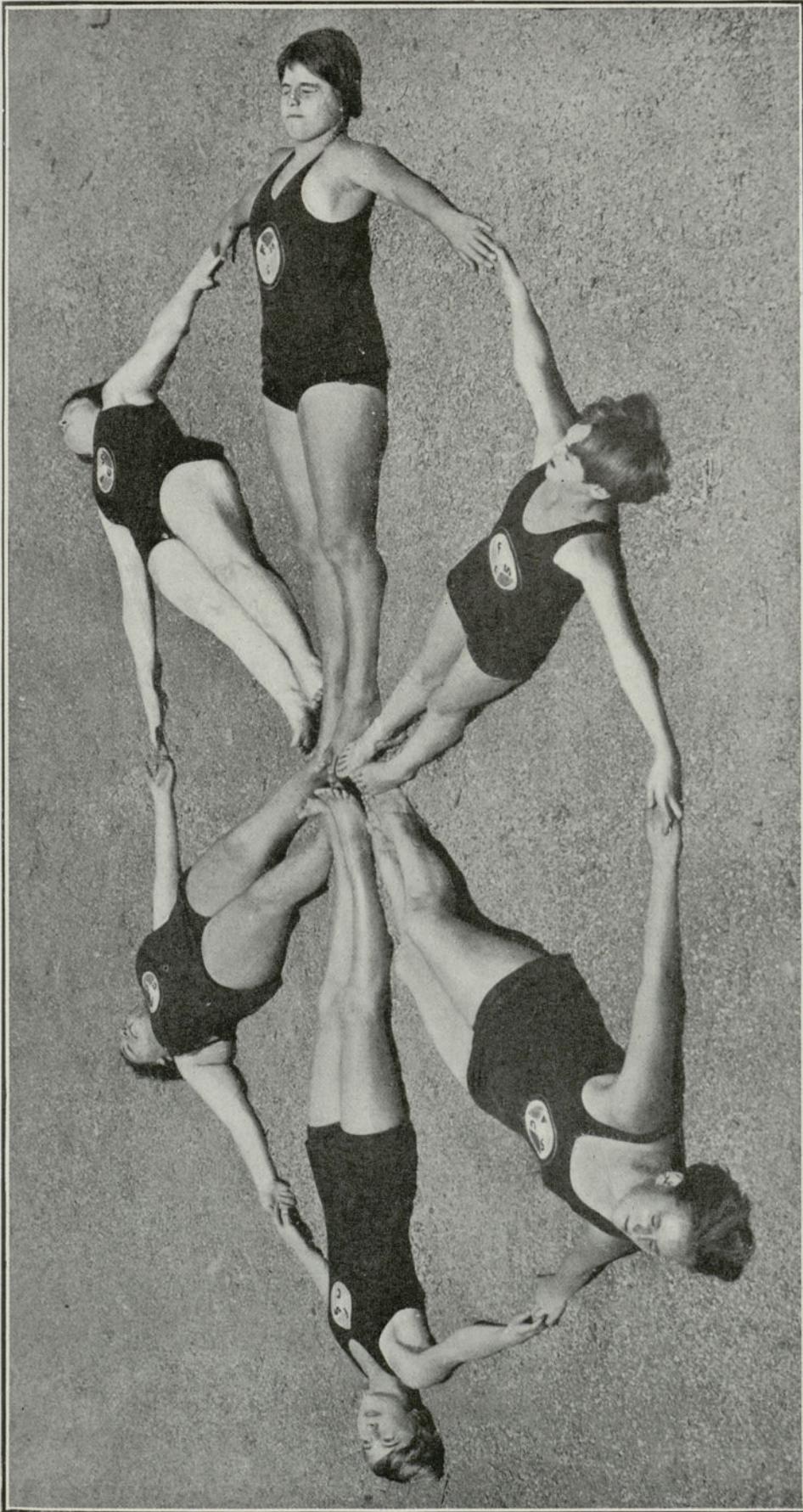
tuvo noticia fidedigna de la conducta privada de Lupita, a poco vomita los pasteles del desencanto que le penetró. Resulta que Lupita ha enviado a Valdelatas y a los más importantes sanatorios suizos, a treinta y dos concurrentes a un "cine" elegante. Total, que si no fuera porque el papá de Lupita me ha dado por la noticia noventa céntimos y los pasteles que me haya comido, yo en justicia, debiera decir que Lupita Pereira, no es un olmo precisamente.

AMARANTO.



EL ÚLTIMO GRITO, por Picó.

- Este es el último grito en trajes de baño. ¿Te gusta?  
 —¡Mucho!... Pero no lo habrá visto tu marido, ¿verdad?  
 —No; todavía no lo conoce.  
 —Pues este traje será el último grito; pero como te lo vea puesto tu marido, no se yo cuando darás tú el último grito.



¿Ustedes han tenido la suerte de ver algo más bonito que esta estrella de seis *puntas*? (¡puntas, amigo cajista!). ¿Verdad que no? ¡Miren las gorditas que se escorzan en el fondo! ¡Pues y las dos que forman los laterales!... ¿Y qué me dicen ustedes de la pelínegra de la izquierda y de la pitusita de la derecha?... ¿Que no me dicen ustedes nada? ¡Ya!... Bueno; esperaré a que terminen ustedes...

INCÓRDIEZ.

